

SERGE TORNAY: *Voir et nommer les couleurs*. Nanterre. Laboratorio de etnología y de sociología comparativa, 1978, 731 páginas.

La introducción de Serge Tornay no sólo es valiosa por presentarnos una perspectiva histórica del estudio de los colores sino también por bosquejar, en forma crítica, las comunicaciones de todos los autores incluidos en este libro. Este está dividido en cuatro partes: 1: voir (ver), 2: nommer (nombrar), 3: concevoir (concebir), 4: évoquer (evocar).

Tornay nos presenta dos tendencias opuestas en antropología: El culturalismo y el evolucionismo, que ha ido perdiendo terreno frente al primero.

La obra es pluridisciplinaria en virtud de la aproximación al tema —percepción y cognición, lenguaje, variación cultural— y de los métodos con que se aborda el tema —psicológicos, etnológicos, lingüísticos, entre otros.

En su introducción histórica, estima que toda investigación concerniente a los colores debe tener como referente la obra de Berlin y Kay (1969): *Basic Color Terms: their universality and evolution*. Sin embargo, los precursores datan del siglo pasado: Gladstone (1858), Geiger (1880) y Magnus (1880). El Renacimiento, por supuesto, es otra fuente importantísima y, en lo que concierne a la teoría del color, Isaac Newton (1672) llevó la ciencia del color a su fase moderna. Este físico, que en un comienzo habló de cinco colores primarios, agregó en su publicación final (1738) dos más: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo y violeta. Thomas Young refuta la teoría de Newton con su teoría cinética de la luz y Frenel, con la teoría ondulatoria. A partir de estas refutaciones, se formula posteriormente la teoría tricromática.

El siglo XIX nos encuentra con dos posiciones en disputa: por un lado, el evo-

lucionismo biológico y, por otro, los progresos de la fisiología. Los contraataques culturalistas de Allen a la tesis de Gladstone y de Geiger, conducen a una corriente culturalista y lingüística en antropología. En Whitney encontramos las primeras formulaciones sistemáticas de la naturaleza social del lenguaje y sabemos que, tanto él como Humboldt, influyeron en Sapir, quien permite comprender a Whorf. Dos tesis se enfrentan: el universalismo y el particularismo.

El culturalismo, propiciado por Sapir y Whorf, pierde terreno con la llegada de la revolución chomskiana, que hace reaparecer los universales en el horizonte lingüístico y antropológico. La psicolingüística moderna, más cercana a la psicología cognitiva, nace del rechazo a la psicolingüística behaviorista, bajo el impulso de Chomsky.

Métais, oponiéndose a Whorf, para quien el lenguaje modela todas las actividades cognitivas, plantea la cognición como anterior al lenguaje y causante del mismo.

En los años cincuenta, Ray nos insta a verificar experimentalmente las posiciones whorfianas. Mientras Osgood define la posición psicolingüística en términos behavioristas, Lenneberg crea la expresión "lenguaje de la experiencia" (1956) y utiliza el color para someter las tesis whorfianas a una experiencia crucial. Este autor desarrolla una psicología cognitiva de inspiración chomskiana y con fuerte énfasis en la biología.

En 1953, Lenneberg afirma que las tesis whorfianas no habían recibido ninguna validación empírica. En Whorf mismo, la prueba de que el lenguaje afecta al comportamiento no lingüístico y en par-

ticular cognitivo, reside en hechos lingüísticos.

Brown y Lenneberg (1954), entregan, en relación a los colores, una definición minuciosa de la codificabilidad y de su medición empírica; para ellos, "la codificabilidad está ligada significativamente a la tarea de reconocimiento de los colores".

Lenneberg, en oposición a Whorf, expone un punto de vista netamente universalista acerca de las relaciones del lenguaje y de la cognición.

Dentro de estos dos decenios de marcada inclinación culturalista (1950 - 70), hay tentativas por formular una teoría transcultural de los vocabularios del color (Van Wijk). Para este autor, hay dos tipos de terminología del color: una basada en la luminosidad (regiones ecuatoriales) y otra basada en la tonalidad (medias y altas latitudes). Sin que estén en juego diferencias raciales, habría una especie de determinismo geográfico, pero, ni esta tesis ni la del determinismo lingüístico parecen justificarse, debido a generalizaciones abusivas.

Vuelven a reaparecer las corrientes universalistas y particularistas en el último decenio.

Los trabajos presentados en este volumen se pueden incluir dentro de perspectivas psicofisiológicas, etnolingüísticas y etnocientíficas.

No reseñaremos la primera parte, Ver, bosquejada por Tornay en la introducción, porque escapa un tanto a la orientación de la presente publicación. Sin embargo, el enfoque fisiológico no puede estar ausente en ninguna investigación donde nuestros sentidos estén en juego.

SEGUNDA PARTE: *Nombrar.* El preámbulo de esta parte corresponde a Pierre Achard, quien sugiere el cambio del concepto de universalidad por el de invariante, debido a que aquél es muy general y podría conducir a privilegiar una interpretación muy realista.

Critica Achard la hipótesis Sapir-Whorf por cuanto las palabras no son sólo sustancias sino también efecto de la enunciación. Para él, el sentido no es una pro-

piedad de la lengua sino de la enunciación.

Paul Wald, en "Cercos semánticos, universales y terminologías de color", critica la tesis universalista de Berlin y Kay (op. cit.), como también la metodología de este modelo determinista, dando contraejemplos que dejan de manifiesto la debilidad de las conclusiones de los autores mencionados. Para Wald, los criterios lingüísticos no pueden intervenir en esta visión, sino a título accesorio. Al parecer, hay criterios de elección diferentes; por ejemplo, en húngaro con las palabras "piros" y "vörös" (rojo). Una bandera roja será "vörö", en cambio será "piros" en banderas que tienen, además del rojo, otros colores. El trabajo de Berlin y Kay debería ser evaluado en psicofísica y no en semántica, ya que está relacionado más con la percepción que con los universales lingüísticos. Si hablamos de universales, debemos hacerlo, dice el autor, a nivel del funcionamiento del equipo sensorial y no a nivel de la expresión.

En "Palabras y colores en francés", Pierre Achard, distingue entre el uso de los colores y el uso de los nombres de los colores. El autor se enfrenta al reduccionismo físico o biológico. Intenta demostrar que la noción de color no procede única y esencialmente de un punto de vista descriptivo del mundo, sino que es un universo artificial, construido.

Si la tesis de Berlin y Kay puede resumirse diciendo que "a color de base, término de base", un término que no encuentre su lugar en el modelo, significa que no es de base. Achard nos muestra en cambio, que en francés diversos criterios léxicos delimitan clases cerradas, pero esos criterios no se recubren. Insiste, sin embargo, en demostrar que ninguna interpretación que quiera dar cuenta del funcionamiento de los nombres de color en francés sin tomar en cuenta la enumeración, es decir circunstancias de empleo, es válida.

Annie Meunier, en "El color y sus términos en francés", nos muestra la riqueza léxica en la denominación de los colores en francés, y las posibilidades de crear nuevos términos para designarlos, a partir de nuevos artefactos de la cultura. En el examen que hace de estos términos en

francés, trata de probar que es imposible encontrar una categoría cerrada diferente de la de los derivados, con lo que rechaza la hipótesis de una serie universalista.

Jean Claude Lacroix, en su trabajo "Notas acerca del empleo de los términos de color en francés", critica el empleo del método lingüístico para estudiar los términos de color. Para él, el primer problema lo constituye la sufijación y luego la elección del corpus. Estudia los colores en el diccionario *Littré*, concluyendo que se trata de un análisis, totalmente artificial y no vigente de la lexicología francesa.

Describe, en seguida, un test aplicado en un liceo parisiense (sección técnico-química) concluyendo que pocos términos de colores fueron reconocidos sin vacilar. Luego, muestra el perpetuo movimiento de los términos de color, concluyendo que en el siglo XX la tonalidad domina netamente. En el siglo XIX, se insiste más en la luminosidad y en la saturación. La lengua, al no distinguir claramente las tres dimensiones del color, hace que todas las observaciones en relación con este campo sean relativas.

Un estudio de corte netamente etnolingüístico es presentado por Roberte Hamyon: "Disfraces, costumbres y colores". En él, la autora destaca que el alcance lingüístico sólo es importante para dar cuenta de los mismos usos lingüísticos; por lo tanto, se pregunta si debe procederse a este tipo de estudio con una teoría general del discurso como la propuesta por Ruwet (1975: 371-372). Analizando esta teoría dentro del marco del mongol, concluye que "criterios derivados de datos lingüísticos como la morfología, la sintaxis, la semántica y la pragmática, en forma aislada, no permiten definir sincrónicamente una organización sistemática, ya que sólo cuatro términos poseen, regularmente en mongol, los mismos criterios en común: blanco, negro, rojo, y azul". Sólo la consideración global de todos estos criterios que tal vez no sean exhaustivos, como señala la autora, nos permitirá definir la organización requerida.

Otro estudio de campo es presentado por Marie-Lise Beffa: "Referencia directa y connotación". Estudia la autora los colores en dos lenguas que, aunque de familias tipológica y genéticamente muy di-

ferentes, ofrecen, frente al problema de lo simbólico de los colores, una curiosa analogía que proviene, según Beffa, de la utilización del mismo sistema de representación del mundo. El sistema chino de los cinco orientes ha sido adaptado por los turcos: el norte (negro), sur (rojo), este (azul-verde), oeste (blanco), centro (amarillo); de ahí se explican los nombres de mar Negro, mar Rojo y mar Egeo, o blanco, para los turcos.

De este estudio, la autora desprende que lo que se connota no es el color mismo, que puede ser definido física o lingüísticamente, sino el nombre del color. En chino es el "rojo", entidad física, que es connotación de fiesta, y no el carácter "hong" (rojo).

La lengua norafgana sirve a Micheline Centlivres y a Pierre Centlivres para el siguiente estudio: "Denominación de los colores en un medio pluri-étnico". El muestreo se realizó con hablantes de lengua persa y hablantes de lengua turca. Se utilizó el test Letracolor que comprende 51 colores. La encuesta, aplicada a adultos y escolares, se realizó a la luz del día, estando los informantes protegidos del sol. Tratándose de un medio intercultural, la terminología varía de un individuo a otro, por lo que resulta difícil delimitar el campo del color. Así y todo, se pueden adelantar algunas conclusiones, como ser el reconocimiento de una homología estructural y no lingüística entre grupos étnicos y entre individuos con mayor o menor escolaridad, al menos para algunas categorías.

La pobreza, no intrínseca a la lengua, sino a la terminología, es compensada por recursos de bilingüismo.

Danièle Dehouve presenta en "Transformación de la denominación de los colores", un estudio de poblaciones mexicanas. La encuesta se realizó en la región mixteca, tlapaneca y nahuatl, que rodea a la ciudad de Tlapa, al suroeste de México. La encuesta en estos tres grupos puso de manifiesto la transformación de la noción y de la denominación de los colores en contacto con el español. Se realizaron dos investigaciones: una centrada en problemas gramaticales y la otra en la traducción de la lengua indígena a la lengua oficial. La influencia del español en el plano

sintáctico se ejerce con más facilidad en las lenguas que utilizan estos procedimientos en la designación de los matices; es el caso del tlapaneca. Otros factores que interfieren en las lenguas indígenas son, por ejemplo, el corte de la realidad indígena y la influencia del español, en tal visión. Carole de Féral en su ponencia "La denominación de los colores en los sujetos bilingües" aplica un test acerca de la denominación de los colores a sujetos de Benin, cuya lengua materna es el mina, dialecto ewe, y cuya lengua vehicular es el francés. Se presentaron los 51 colores de Letracolor a nueve informantes utilizando la lengua mina, en primer término, y luego el francés. La espontaneidad es interesante por cuanto un hablante de mina, por no poseer el término "naranja", por ejemplo, utiliza el término "rojo". El francés interfiere en la denominación de los colores en mina a tal punto que resulta más difícil designar los colores en mina que en francés; de ahí que sea necesario, según la autora, hacer una encuesta sociolingüística para determinar el grado de interferencia del francés en dicha lengua.

El bilingüismo es tratado por Jacques Le Querrec en "Bilingüismo y especificidad cultural", en relación a los bretones del Tregor. Le Querrec eligió el Tregor por no haber sido tocado por "las grandes rutas de invasión de las palabras francesas".

El bretón es una de las tres lenguas célticas, junto al gaélico de Escocia y al galés de Gales. El bretón hablado en el Tregor es diferente del bretón escrito. Los bretones se enorgullecen de sus hablantes bilingües; sin embargo, hasta en Tregor son escasos.

En esta investigación, se utilizaron dos sistemas con los informantes: uno, que el autor llama tradicional, funciona con seis nombres de color y se aplica al mundo natural; el otro, el sistema actual, funciona con diez nombres de color, por lo menos, debido a los préstamos tomados del francés.

El bretón organiza el vocabulario de los colores como lo hacen las principales lenguas europeas: una serie de nombres de colores, más dos modificadores que indican la oposición claro-oscuro.

Los seis términos tradicionales corresponden a los términos fundamentales del

vocabulario bretón de los colores. Le Querrec nos demuestra que los préstamos han ocupado casilleros vacíos. De todos modos, hay evidentes signos de aculturación, como se ve en la contaminación del bretón por el francés, y no observándose lo inverso. Paradojalmente, los monolingües parecen más aculturados que los bilingües y esto, según el autor, se debería a que los monolingües han sido influidos culturalmente por los bilingües y no tienen la posibilidad de comparación lingüística que les permita determinar si una innovación léxica se debe al dinamismo de su propia lengua o si se trata de un préstamo.

TERCERA PARTE: Concebir. El preámbulo corresponde a Jacques Dournes. Para Dournes, "concebir es formar en sí, a partir de lo que se recibe". En el caso presente, sería formar un sistema de representaciones mentales, modelos también, a partir de un dato complejo que nos informa: la luz coloreada que llega a nuestro ojo y el medio que nos la hace interpretar (modificando incluso la percepción), nos permite disponer de términos para denominar esquemas mentales que organizan estos términos entre sí y con esta taxonomía en un conjunto.

El color percibido no es color denominado y éste no es el color concebido. Lo lingüístico no agota lo cultural; más allá de la palabra, que sirve para denominar, hay un mundo de denotaciones, connotaciones y correspondencias.

Marie-Paule Ferry, en su trabajo "Para nombrar los colores hay que cerrar los ojos", hace un estudio con los tenda, pueblos que viven en Senegal y en Guinea. Estos no hablan de los colores sino por medio de los colores (iniciación, combatividad, etc.). La actitud de los hombres es diferente a la de las mujeres. Los hombres agrupan la mayoría de los colores del test Letracolor en, por lo menos, siete grupos; las mujeres, en cambio, en lugar de agrupar los colores, permanecen perplejas ante el test, observando las diferencias que perciben, pero sin poderlas expresar. Estas diferencias se deben probablemente a la educación recibida por unos y otros, pero son muchos los factores que inciden en la denominación. Según Ferry, "entre la percepción y la denominación se sitúa la vida en sociedad", lo que hace que la

denominación de colores sea eminentemente cultural.

En la comunicación de David Turton, "La categorización del color en Mursi", el autor nos presenta el sistema según el cual los mursi (sudoeste de Etiopía) categorizan los estímulos visuales (colores) y trata de aclarar la relación entre los factores psico-fisiológicos y los factores culturales en la categorización de los colores.

La lengua, dice Turton, nos permite hablar del color y, en particular, preguntarnos lo que él es; por eso pensamos sobre el color como una cosa vista por el ojo, más que como un atributo que facilita el conocimiento de otros objetos. Diferente es hablar del color y por medio de él. Saber que podemos hablar del color nos ha engañado e inducido a pensar que es una cosa en sí.

En mursi no hay ningún color que no sea aplicable al ganado; el modelo de los colores es tomado del ganado; en consecuencia, Turton describe de manera muy interesante la terminología de los colores de los mursi desde el punto de vista de su clasificación del ganado y no presentando, como se ha hecho hasta ahora, el modelo del encuestador que ha sido creado para hablar del color en su propia lengua.

Los mursi poseen once términos simples¹ para designar los colores del ganado; su modelo, basado en el ganado, no les permite referirse a otros colores que reciben denominación en otras culturas. Para Berlin y Kay (ibid.), si una lengua no posee términos distintos para azul y verde, es menos evolucionada que una lengua que posee dos términos. Para Turton, los mursi no tienen términos distintos para colores como azul y verde, o violeta y negro, en virtud del modelo que utilizan para categorizar el color, y no por razones perceptuales.²

Jacques Dournes nos presenta en "Las razas de colores", un estudio sobre una minoría étnica de Vietnam, los jörai. Al igual que en los trabajos anteriores, más que la lengua estudiada, es el método el que interesa: la presencia del encuesta-

dor, la encuesta, los resultados de un test utilizado para emitir juicios de valor acerca de pueblos en su conjunto, cómo se han clasificado pueblos y culturas según los nombres de colores, etc. Dournes admite las limitaciones de estos tests y piensa que tal vez sería más importante, a la vez que más pertinente para muchas culturas, comparar los campos etnolingüísticos del vocabulario de las impresiones sensoriales. En muchas civilizaciones, los colores, olores y sabores, se recubren.

Si hay lazos entre lenguaje y percepción, uno no es reflejo del otro. No es a nivel de las palabras y de las percepciones que debería establecerse la correspondencia, sino más bien entre la estructura de la lengua y las estructuras del pensamiento.

Serge Bouez estudia en "Un color de más", la percepción y denominación de los colores entre los ho y los santal de la India. Introduce el tema criticando los trabajos relativistas que veían en el lenguaje y, particularmente en el léxico, el enrejado a través del cual se percibía el mundo. En este trabajo, el autor intenta demostrar los tipos de relaciones que se pueden establecer entre el campo cognitivo y el campo semántico correspondiente en relación al color. Siempre que se hacen corresponder, término a término, nombres de colores y definiciones a partir de parámetros psico-sensoriales, se cae en una concepción lexicológica.

El color se define por medio de tres dimensiones psico-sensoriales: tonalidad, luminosidad y saturación. Sin embargo, arbitrariamente, Berlin y Kay, en sus trabajos, aislaron sólo dos: tonalidad y luminosidad.

Siguiendo a Conklin (1955:342), para quien la lógica de la clasificación de los colores no era necesariamente interna al campo de los colores, Bouez encara la lógica clasificatoria bajo dos aspectos: el modelo psico-fisiológico mismo y los criterios de pertenencia de tal o cual término al léxico de los colores.

En sus diagramas, nos hace ver la importancia de interpretar los colores según las variables ya mencionadas. El ejemplo más interesante es el de "rojo", que se complementa en algunos casos con el "amarillo". La respuesta a este hecho la encuentra el autor en el simbolismo de la cultura hindú.

¹ Término que puede ser utilizado solo y que puede entrar en oposición con otro término.

² Es similar a lo que encontramos en las lenguas europeas. Por ej. "red traffic light" (luz roja) y "red hair" (pelo colorín).

Paul Wald, en "Variaciones en la denominación de los colores", analiza brevemente la cobertura léxica de este cerco artificial en árabe tunecino. Intenta mostrar luego cómo los enunciados producidos son testimonio de la actitud que adopta el locutor respecto a esto. Confronta el muestreo dentro de los marcos teóricos relativistas post-whorfianos y universalistas evolucionistas. Hubo frente al test Letracolor, respuestas simples y complejas. En relación a la ambigüedad de algunos estímulos, adultos y adolescentes reaccionan de manera diferente. La respuesta adecuada y la opción adecuada dependen de la "interpretación de la situación culturalmente insólita creada por la encuesta. La escolaridad y las situaciones de bilingüismo orientan hacia la "sociología de las estrategias cognitivas".

CUARTA PARTE: Evocar. El preámbulo le corresponde a Serge Tornay. La evocación es precisada en el marco de una reflexión acerca del simbolismo de los colores. Estos, por tener sólo un valor categorial y cualitativo, nos evocan las substancias de los objetos. Si "simbolismo de los colores" quiere decir "significación de los colores", caemos, dice Tornay, en la perspectiva semiológica, la cual se revela insuficiente.

En "Prehistoria del uso de las materias colorantes", Georges Boulinier estudia el empleo de los colores en tiempos prehistóricos a través de dos fuentes: resultados muy elaborados de pinturas del Paleolítico superior y residuos de los usos del color. En dicha época, el "rojo" tiene una gran importancia; sin embargo, cabe preguntarse si esto se debe a una elección deliberada o a causas fortuitas. Para algunos autores, el uso del rojo se debió a la primera alternativa. Boulinier, en cambio, piensa que se debe a la naturaleza de este color, ya que su empleo desde muy temprano tuvo un valor simbólico y ritual, pudiendo posiblemente reconstruirse la historia del comportamiento simbólico del hombre a través de esta vía.

Bernard Juillerat estudia, en "Técnicas y sociología del color en los iafar", el color en el cuerpo humano. Describe como los iafar preparan las pinturas (colores), a partir de productos vegetales, lo que da cinco colores de base: negro, rojo, blanco, amarillo y azul. Los colores en esta socie-

dad son manipulados de acuerdo a la edad y al sexo, lo que exigirá bosquejar una sociología del color.

Los niños aprenden observando a los hombres e imitándolos a través de juegos; en cambio, ni las niñas ni las mujeres tienen acceso a ningún color mineral, debido a diversas creencias rituales.

Este mismo autor registra, en "Vida y muerte en el simbolismo iafar de los colores", utilizando el test Letracolor, treinta y dos términos de color, con la incertidumbre de no saber si una palabra determinada es esencialmente un término de color o si tiene origen en un contexto diferente al color. De ahí que tome sólo seis colores (negro, blanco, rojo, azul claro, verde, amarillo-naranja-ocre), cuya extensión a un campo que no sea el del color se hace con reservas. El autor analiza en seguida cuatro colores que remiten a la noción general de crecimiento y a la oposición vida-muerte.

El simbolismo iafar encuentra su origen y su punto de referencia en el mundo vegetal. No hay que olvidar, dice Juillerat, que el color no es sino el significante sensorial de un conjunto conceptual fundamental en el pensamiento indígena de esta región; es decir, el que remite a los procesos de reproducción, de gestación, de crecimiento y de muerte (vida biológica). Otro sistema descubierto por Juillerat es el del mito cosmogónico que utiliza un sistema simbólico de colores diferente al presentado anteriormente. Ambos sistemas muestran que la elección del color, como símbolo, está empíricamente determinada.

En "Simbolismo de los colores y orden social", Anita Jacobson, trata de la interpretación del blanco, negro y rojo como símbolos de conceptos fundamentales ligados al orden social en Africa centrooccidental. Estos tres colores están siempre presentes en los ritos sagrados, ceremonias seculares y manifestaciones relacionadas con el ciclo de vida individual. El orden social está definido en relación a dos conceptos morales: el bien y el mal. Entre los bakongo, el blanco y el negro sobreviven en el lenguaje jurídico tal como lo prueban las metáforas "él tiene blanco" (tiene razón) y "él tiene negro" (no tiene razón). Estos colores simbolizan también el duelo. En los ritos de ferilidad, el blanco está asociado a la mu-

jer y el rojo al hombre. El rojo se aplica a personas o cosas y subraya cualidades que no entran en las categorías del bien o del mal.

Jean Lydall, en "El simbolismo de los colores en el ritual hamar" (pequeña etnia situada al sur occidente de Etiopía), estudia los ritos y los colores que en ellos intervienen. En el uso hamar, hay catorce nombres de color; pero, para que un color sea significativo en el campo ritual, debe ser la característica pertinente de, por lo menos, una categoría de elementos utilizados en el rito. El autor trata de demostrar cómo se pueden alcanzar los valores simbólicos de los colores particulares aplicando una fórmula clásica de la antropología estructural ($X1:X2 :: Y1:Y2$), es decir, procede por analogía. En el análisis de las cosas rojas, blancas y verdes, la autora sugiere que los valores simbólicos evocados por los elementos de cada categoría de color corresponden a cuatro elementos o principios fundamentales: 1) Un principio de acción y de substanciación evocado por las cosas rojas. 2) Un principio de determinación o de causa evocado por las cosas blancas. 3) Un principio de definición evocado por las cosas negras y 4) Un principio de expansión evocado por las cosas verdes; así por ejemplo, cuando la novia es pintada de rojo y el iniciado de negro, ambos se identifican con el mismo principio de definición.

En un apéndice, Lydall y Tornay agregan una nota acerca de los nombres de colores en hamar.

Marine Carrin Bouez, en "El color prescrito", estudia los colores en el sacrificio santal (India). El color es agente de transformación del punto de vista de la persona purificada. Los santal dan mucha importancia a los colores de los animales que ellos ofrecen en sacrificio a sus divinidades: cabras y aves blancas son ofrecidas a Marang Buru, divinidad que ha permitido a la primera pareja humana engendrar a sus descendientes. Las aves "rojas" son ofrecidas en los ritos de fertilidad. El blanco, el rojo y el negro son los colores principales de los animales sacrificados; fuera del color, se usa también, como criterio, la forma.

Cada término de color aparece con un valor posicional y un valor genérico; de ahí que algunos colores sean siempre

prescritos para clases particulares de divinidades.

Tornay, en "Percepción de los colores y pensamiento simbólico", presenta una comunicación basada en una conversación con un adivino de Nakua, Etiopía meridional. Tornay se pregunta si una teoría cognitiva, no semiológica, del simbolismo permite comprender mejor una práctica simbólica particular, la de los wyngatom, pastores del sudoeste etíope. Tornay propone volver a concepciones más clásicas como las de Levy-Strauss o de Piaget, que concilian la unidad del espíritu humano con la existencia de una función simbólica. Piaget reconoce la originalidad de la función simbólica y su anterioridad lógica respecto a la función conceptual. "Es la función simbólica la que hace posible la adquisición del lenguaje o de signos colectivos".

Para el niño, el color percibido no tiene ningún contenido propio; por lo tanto, no necesita nombrarlo. El color existe como puro percepción y la simbolización comienza, dice Tornay, cuando la primera "aprehensión" motivada por una cualidad sensible particular es seguida de focalización y evocación.

Gracias a la nueva concepción cognitiva del simbolismo, se puede finalmente aceptar el simbolismo salvaje como forma original y auténtica del pensamiento simbólico.

Tornay define el simbolismo salvaje como el "estado creativo del simbolismo anterior a las racionalizaciones filosóficas, que se ingenia, incluso, en combatir las debido a que desconfía de ellas".

El autor nos pone en guardia, finalmente, contra las explicaciones semiológicas, debido a que los etnólogos, por trabajar en sincronía, utilizaban esquemas ideales.

En el anexo "El estudio de la denominación de los colores", Tornay nos entrega algunas reflexiones metodológicas. Se pregunta si la definición actual en términos de luminosidad, saturación y tonalidad, puede pretender tener una validez universal.

En los atlas estandarizados, generalmente se sacrifica una de las tres dimensiones (la de saturación, por lo general), hecho que exige algunas soluciones: o bien constituir una serie de muestrarios

que correspondan a los planos de luminiscencia óptica de cada color, o bien trabajar en el espacio tridimensional del color. Tampoco habría que adelantarse, dice Tornay, a rechazar de plano la definición occidental del color por pragmática que sea, debido a que la estructuración no está en el mismo material sino en el dispositivo perceptivo y cognitivo del sujeto; luego, en el estado actual de cosas, ningún conjunto de criterios propiamente lingüísticos es suficiente. Hay enunciados que varían en función de los estímulos; el status de algunos términos es diferente en la lengua, desde el punto de vista sintáctico y semántico; por lo tanto, no se pueden construir paradigmas en la lengua debido a las experiencias particulares de denominación. De ahí que los tests sirvan para adentrarse en la materia (no como un fin en sí), para desembocar en el estudio cultural del color, de su denominación, de sus múltiples usos e implicaciones. Las respuestas pueden ser analizadas desde un punto de vista lingüístico, cultural, cognitivo y sociolingüístico.

Presenta, finalmente, Tornay el muestreo Letracolor y sus datos técnicos, co-

mo asimismo un material recogido en el este africano acerca de la confusión verde-azul. Esta publicación se cierra con una extensa bibliografía, de Aristóteles a nuestros días.

CONCLUSION. Tornay ha reunido, para un mismo "objeto" de observación, trabajos presentados bajo diversos enfoques: fisiológicos, lingüísticos, etnolingüísticos, etc., demostrando que el estudio bajo una sola perspectiva es importante, pero restringido. En el interior de cada óptica hay, además, interpretaciones diferentes por tratarse, en la mayoría de los casos, de investigaciones empíricas. Esta situación, lejos de empobrecer la obra, la enriquece, puesto que muestra la metodología de cada investigador, su espíritu de observación y su sensibilidad frente a este objeto de estudio que son los colores.

La ausencia de comentarios por nuestra parte, se debe a lo específico de las comunicaciones. El lector (lingüistas, etnólogos, profesores de lenguas extranjeras, etc.) encontrará en su lectura aportes valiosos para su quehacer diario.

JAIME CORDERO

Universidad de Chile - Santiago